

# Mi amigo Alzola

Jesús Capo

**H**ace mucho tiempo que quería escribir este artículo, en recuerdo de mi amigo fallecido hace 11 años –y sólo a sus 59– pero el tiempo fue pasando sin hacerlo.

Por fin, hoy lo hago. Es algo que quería contar a los demás, de alguien muy especial.

ocupado por la situación social y cultural de su tiempo.

Además del trato lógico en Rentería, como militantes ambos de la JOC, tuve la oportunidad de convivir con él en Madrid, pues los dos cumplíamos entonces nuestro servicio militar allí.



**JUVENTUD OBRERA CATÓLICA FEMENINA.** Hacia 1959. A la izquierda del obispo está José Antonio Alzola. En frente la responsable de la JOCF Inés Carrasco

Las nuevas generaciones posiblemente no sepan nada de José Antonio Alzola. Pero creo que este renteriano no debería morir nunca en la memoria de nuestro pueblo. No sólo por lo que hizo, sino por su forma de ser, por su rica personalidad, llena de voluntad y generosidad.

Alzola no sólo fue Presidente de la JOC (Juventud Obrera Católica) española e internacional. Fue además un hombre muy pre-

Durante esa estancia nos tocó vivir una situación que pudo traernos graves consecuencias. Ella refleja un poco la decisión y valentía de José Antonio. Esta anécdota creo que es desconocida, pues él mismo, cuando se la recordé en uno de mis viajes, se había olvidado de ella. Es cierto que ocurrió hace mucho tiempo. En el año 1956.

Ese año, con motivo de la represión que sufrieron los húngaros por parte de la

URSS, cuando quisieron proclamar su libertad, hubo manifestaciones en varias ciudades del mundo. También en Madrid.

El día de la manifestación se reunió mucha gente –sobre todo jóvenes– en el Paseo de la Castellana, para apoyar a Hungría contra el atropello comunista.

Se gritaron consignas, coreadas por los jóvenes. Era una protesta sin color político alguno y no podía ser de otra forma dada la

cho alguno y uno podía ser detenido impunemente con las consecuencias correspondientes, me acerqué a mi amigo y le hice ver el peligro que corría –y yo, pues también protestaba contra ellos–, no sólo por lo que podría ocurrir en el enfrentamiento, sino porque nuestra detención era doblemente peligrosa, ya que al estar cumpliendo el servicio militar, seríamos juzgados por un tribunal militar y lo menos que nos podría ocurrir –y con más razón siendo vascos– era



REUNIÓN DE JUVENTUD OBRERA CATÓLICA FEMENINA. Hacia 1959. De pie José Antonio Alzola

falta de libertad que existía entonces. Sólo se trataba de defender la libertad y dignidad del pueblo húngaro.

El acto estaba en plena efervescencia, cuando de pronto aparecieron varios jóvenes falangistas, con sus banderas y enseñas propias, gritando consignas relativas a su movimiento, para tratar de capitalizar el acto. Nosotros vestíamos de paisano.

Entonces fue cuando reaccionó Alzola. Casi sin darme cuenta, aunque yo estaba a su lado, se dirigió agresivamente hacia ellos –él solo contra todos– enrostrándoles su proceder. Se produjo una discusión. Bastantes de ellos estaban armados. Pero Alzola no reparó en nada y trató incluso de arrancarles una de las pancartas que portaban.

Entonces, viendo el posible peligro, pues como se sabe en esa época no había dere-

ir a “veranear” a Mahón, una prisión para militares en las Baleares.

Parece que Alzola se dio cuenta del peligro. Allí no se trataba de una pelea entre jóvenes por motivos políticos, sino de algo con consecuencias más graves.

No recuerdo bien hasta el punto que me hizo caso. Es posible que en algo influyó lo que le dije. La cosa es que no fue detenido y el encontrón no tuvo repercusiones.

Cuando ya el mitin acababa, pude observar cómo un falangista, con pistola en mano, perseguía denodadamente a un manifestante, y me figuro que no para saludarle.

O sea, la cosa no era tan inocente.

Creo que la anécdota se la recordé en Madrid, un día en que amablemente pasó a buscarme a un hotelucho de la Puerta del

Sol donde yo me hospedaba y lo más curioso es que Alzola no recordaba nada sobre este suceso. Ese día me invitó a comer a un restaurante vasco carísimo de Madrid. Pedimos “nuestros” platos: “alubias de Tolosa”, “angulas de Aguinaga” y otras menudencias por el estilo.

Allí supe de sus actividades pasadas en puestos directivos del más alto nivel en el campo organizacional y docente del sindicalismo. Entre otras actividades, le tocó –me parece que fue en Bruselas– formar parte de una comisión examinadora de alumnos que se especializaban en dicho campo a nivel superior y él fue uno de los que suspendió ¡nada menos que a Felipe González! que en esa época seguía allí ese tipo de estudios. Claro que él me aclaró que fue una decisión justa, pues Felipe apenas estudiaba, preocupado por sus actividades sindicales. Pienso que tal como él tuvo la prerrogativa de suspender al futuro Presidente de España, perfectamente podía haberlo suplantado en el futuro.

Sí, creo que José Antonio era un gran líder. Un hombre muy capaz. Tenía grandes cualidades humanas. Era inteligente, pero a la vez humilde. Sobrio y simpático a la vez. Analítico y apasionado. Equilibrado. Valiente y modesto. Con gran fuerza y voluntad. A pesar de no poder realizar estudios regulares universitarios –tal como les ocurrió entonces a muchos jóvenes de Rentería de gran capacidad– consiguió una gran formación, sobre todo en su especialidad. Eso le permitió llegar a la gerencia general de una importante empresa internacional. Pero aún en ese puesto nunca descuidó su compromiso social. Él me lo confidenció. Siempre tuvo una sensibilidad especial hacia los obreros y un sentido muy desarrollado de justicia. Creo que nunca se desclasó y tuvo presente en su espíritu los principios que bebió en la JOC.

Al igual que él, hubo en esa época en Rentería hombres muy valiosos. Dos de ellos nos abandonaron hace poco: Juan Rioseco y Eugenio Royo. No se trata aquí de ponerse nostálgico y acudir a la gastada frase: “todo lo pasado fue mejor”. No, no se trata de eso, sino de reconocer que aque-

lla generación –la de los jóvenes de los 50 y 60, y hablo de los militantes de la JOC– fue extraordinaria y muchos quedamos marcados por ella. Yo también, desde luego.

Jóvenes generosos, valientes, responsables, que hicieron mucho bien a nuestro pueblo y en muchas partes, dando un auténtico testimonio cristiano, a pesar de las condiciones tan difíciles que se vivían entonces en el país y en la misma Iglesia.

Aunque sea injusto, olvidándome de muchos, cómo no recordar a jóvenes –además de los mencionados– como Antonio



Loyola, 1975. de izda. a dcha. de pie: 1.- José Luis Echeverría 2.- Angel Segurola 6.- “Poli” 7.- Dora Torres 8.- Eugenio Royo. Agachados: José A. Alzola, Juan Rioseco e Ignacio Usabiaga

Amiano, Carlos Asensio, José Mari Landache, Poli, Segurola, Aldaraborda, Antxón Uranga, Iñaki Zapirain, Imanol Olascoaga, Bautista Navarro, Txabo Usabiaga, Paco de la Huerga (que murió ahogado –como un héroe– por tratar de salvar a una persona en la playa de la Concha) y tantos otros a los que ruego me perdonen por no mencionarlos, de muchos de los cuales recuerdo su cara pero no tengo certeza de sus nombres.

Tal como dijo el sacerdote José María Lecuona –que fue Consiliario de la JOC– en el funeral de Alzola, éste dio “muchos vasos de agua” y por eso estoy seguro de que ya está en un puesto privilegiado junto al Padre de la justicia y de los trabajadores.

¿No sería justo que en futuras calles de Rentería pudiesen perpetuarse los nombres de José Antonio Alzola y Eugenio Royo?